



El Frontón después de debelado el motín, agosto de 1987. (Foto: Aldo Aranibar Segovia)

Un hombre herido, pero no de muerte

SILVIA CRESPO*

Agustín Machuca Urbina se considera un revolucionario. Ha pasado veinte años de su vida en la cárcel. El Frontón fue su primera prisión y fue allí donde tuvo su primer acercamiento a la literatura. Sobrevivió a la matanza de Castro Castro en el año 1992. En ese momento el penal estaba controlado por los militantes del Partido Comunista del Perú - Sendero Luminoso y el entonces presidente Alberto Fujimori ordenó la aniquilación selectiva de algunos integrantes de la organización a manos del grupo Colina, entre ellos Agustín. Hoy, veintiún años después, nos cuenta su acercamiento a esa izquierda que ocasionó la guerra interna en el Perú, su testimonio como sobreviviente de la matanza y su nueva vida después de tantos años en la cárcel.

Es de extracción obrera y lo dice con orgullo; sus padres fueron campesinos pobres de Cajamarca. Llegó a Lima a los diecisiete años para terminar la secundaria, buscar un mejor futuro, pero en el camino la conciencia política lo llevó a incorporarse a lo que él llama la lucha de clases.

Agustín utiliza un peine negro de plástico que acaba de sacar de uno de los bolsillos de su pantalón color caqui, se arregla el cabello y se acomoda la camisa. Es taxista, pero eso no significa que esté

desarreglado. La presencia de la cámara fotográfica lo impulsa a acicalarse para salir bien en las fotos: los años han pasado y no es el mismo joven que llegó desde Cajamarca.

Corría 1981 y Sendero Luminoso ya hacía sentir su presencia en el Perú. Los artículos y fotos que el diario La República publicaba lo impresionaban: se hablaba de la comandante Carla y él se sentía plenamente identificado con la lucha de esa organización.

Él y un amigo buscaban respuestas: ¿por qué había tantos grupos políticos de izquierda?, ¿por qué todos se llamaban revisionistas? La primera persona que le habló de Sendero Luminoso fue Amador Estrada Pesos, un abogado y militante de izquierda que convenía a los jóvenes para formar parte de la política peruana. "Hay un partido que es clandestino. El partido por el Sendero Luminoso de José Carlos Mariátegui. Son los sacos largos, son los senderistas aventureros que ahora están poniendo bombas. No están por la acumulación de fuerzas, están en contra del uso del parlamento, son clandestinos". Esas palabras convencieron a Agustín de apoyar a Sendero.

"Mi apoyo en un principio fue económico", sostiene Agustín. Pero el amor hacia una joven que conoció en el Centro de Arte Popular Guadalupano lo llevó a organizarse. En 1983 comenzó a realizar diferentes tareas.

* Estudiante de periodismo en la Facultad de Ciencias y Artes de la Comunicación de la PUCP.

En junio de ese año, mientras caminaba con un grupo de amigos por la Unidad Vecinal número tres, cerca de San Marcos, lo detienen pero no le encuentran ninguna prueba para inculparlo. Después descubren en su casa el *Manifiesto Comunista* y una bandera, pruebas que utilizaron para incriminarlo y trasladarlo al Frontón. Antes de eso lo llevaron a Seguridad del Estado, lo golpearon para que confiese y cometió lo que él llama un error: admitió ser revolucionario. Sus interrogadores lo dejaron a un lado pensando que confesaría rápido, pero un compañero aprovecha para aleccionarlo: "No debes aceptar nada". Le costó un poco más de golpes haber dicho primero que era revolucionario y después negarlo.

"Para mí la estancia en El Frontón fue un veraneo", dice Agustín. La sonrisa se dibuja con una facilidad impresionante en su rostro colorado al recordar esas épocas. A pesar del encierro, el amor no le fue esquivo. Pasó gratos momentos nadando junto a su compañera en las aguas de esa isla, donde años después se perpetraría otra de las grandes matanzas del gobierno de Alan García, hasta la fecha impune.

"El consejo más elemental de todo revolucionario es jamás traicionar la causa, porque si te metes no es para perjudicar". Así es como llega al Frontón, donde aprende mucho más de la teoría política y la lucha de clases. Fue su universidad. Allí, un miembro del comité central se encargaba de seleccionar a las personas que destacaban para adoctrinarlas y educarlas. Escogió a Agustín y lo puso de bibliotecario. Su única tarea era leer todos los libros y recomendar qué leer a los demás compañeros. *Así se templó el acero*

de Nikolai Ostrovski, *La madre* de Maksim Gorki y *Reportaje al pie del patíbulo* de Julius Fucik fueron sus libros de cabecera. Años después, en el 2009, publicaría su primera novela, *Trece días*, donde narra la tortura que un preso político sufre durante ese lapso, basada en hechos reales.

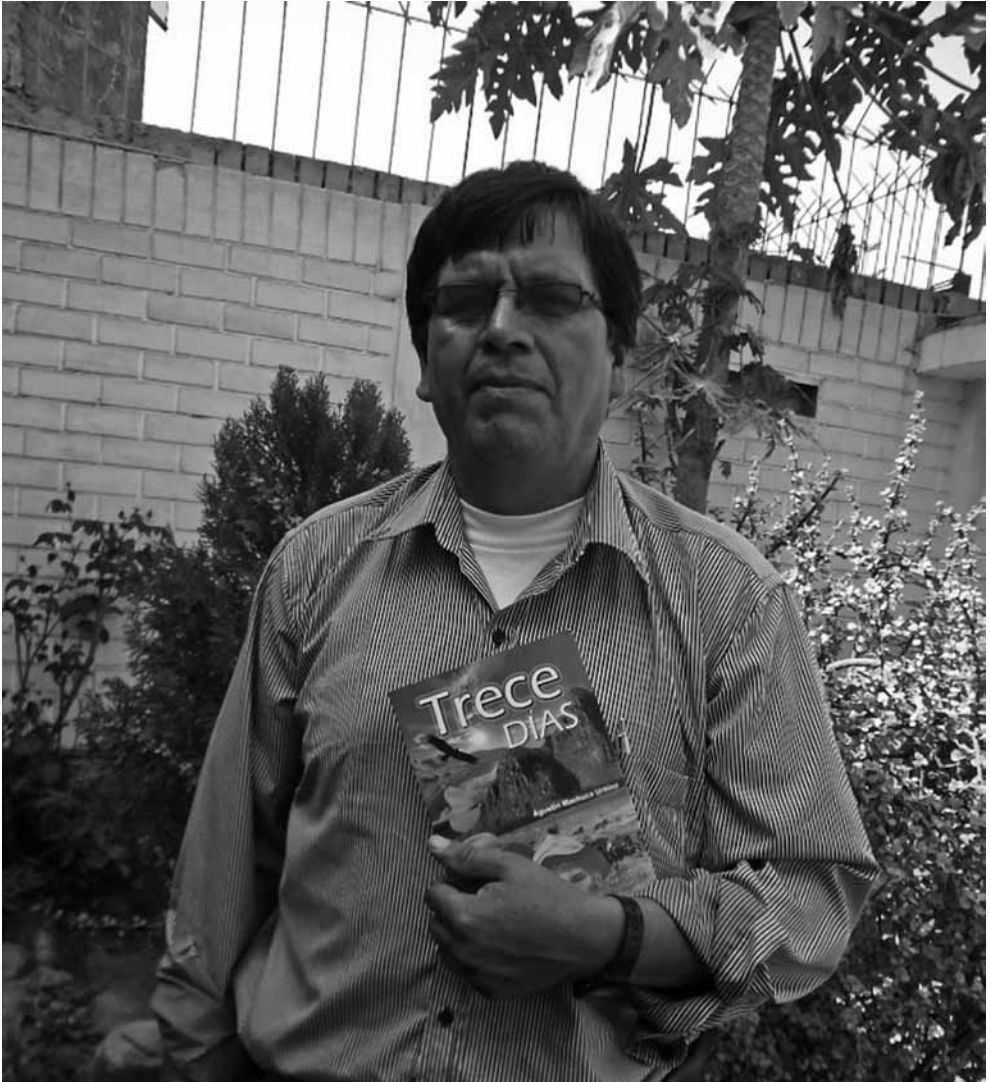
Sale de la cárcel en 1984 y se reincorpora a la lucha armada. Cae nuevamente preso el 18 de junio de 1986, el mismo día que tomaron El Frontón y mataron a sus compañeros. Lo detienen esta vez en Caquetá. Le falló la puntería. El blanco, que era un policía, lo detuvo. Lo iban a matar, pero había muchas personas presentes y un oficial del Servicio de Inteligencia ordenó que no lo hagan.

Aquí vinieron los trece días de tortura. "Yo no le doy mucha importancia a la tortura; me han golpeado, me han puesto electricidad, es parte de la lucha, de la pelea", sostiene Agustín mientras esboza una sonrisa que no muestra ni una pizca de dolor.

MATANZA EN EL PENAL CASTRO CASTRO

Seis, siete, ocho y nueve de mayo de 1992. Ellos se habían preparado y las autoridades no esperaban encontrar semejante resistencia ideológica, política y estructural. Agustín formaba parte de la fuerza de choque que salió a combatir en primera fila. Armado con un revólver que contenía pocas municiones, salió a defender a sus compañeros y compañeras; estaba listo para morir.

En pleno ataque, una bala le destrozó el abdomen a su compañero de lucha,



Agustín Machuca tiene un extraño razonamiento: puede matar a un policía pero a él no lo pueden tocar.

dejándole las tripas expuestas. A Agustín le cayeron dos balazos, uno en cada pierna. El muchacho recogió sus vísceras con la ayuda de su casaca y junto con Agustín, arrastrándose, buscaron refugio en los pabellones.

“No he muerto gracias a las atenciones de mis compañeros. Me desangré, entregué

mi arma a un compañero, un chatito muy valiente que estaba en primera línea con un cuchillo”. Estuvo inconsciente durante dos días.

“Mi caso es particular, mis arterias no son como las tuyas”, me dice Agustín. Coge mi mano, me busca el pulso y lo encuentra fácilmente. Yo hice lo mismo con



En veinte años, Sendero Luminoso solo trajo caos, miseria y tristeza. Hizo la guerra a su manera y no alcanzó el poder. (Foto: Ernesto Jiménez)

la suya pero infructuosamente. Cuando estaba inconsciente, un amigo le encontró el pulso en la pierna, casi de casualidad. Despertó.

El 9 de mayo decidieron salir, dejar las armas: "Hasta acá hemos llegado, hemos cumplido nuestra jornada y hoy corresponde curar a los heridos y enterrar a los muertos". Pero todo no terminó ahí. Al salir se toparon con miembros del grupo Colina que habían ingresado al penal con el encargo de eliminar a determinados presos. Agustín se encontraba en esa lista.

Antonio Aranda Compani estaba herido pero podía caminar, y arrastró a Agustín hacia la puerta del pabellón.

"¿Cómo te llamas?", le preguntó un encapuchado a Antonio, y este le dio su nombre. Se lo llevaron. Agustín pudo escuchar el disparo con el que lo mataron. Se quedó solo. Estaban separando a los presos para asesinarlos. Cuando le preguntan si conocía a Agustín Machuca Urbina, respondió: "Sí, está por ahí atrás". Sus compañeros celebraron con risas cómo una simple frase le salvó la vida.

Ensangrentado, sucio, vestido solo con un polo y calzoncillos, se empieza a arrastrar de espaldas. Quería llegar hasta donde estaban la fiscal y el alcaide. Se hace el desmayado. Traen una camilla y lo llevan para identificarlo.

“Traigan a los colaboradores”, dice el alcaide. Los colaboradores eran los infiltrados que identificaban a los presos. Uno de ellos reconoce a Agustín pero los otros dudan, hasta que le ponen unos lentes y confirman que se trata de él.

“Esta porquería me pertenece”, dice uno de los colinas. Lo echan de la camilla como si fuera cualquier cosa y lo ubican en un rincón.

Agustín se percata de que el coronel de la policía estaba en los alrededores y comienza a gritar: “Soy Agustín Machuca, estoy herido y me quieren asesinar. Soy delegado de los presos políticos. Nosotros hemos salido con la condición de que respeten nuestras vidas, pero acá me han separado para matarme”, le dice al coronel. Nuevamente lo ponen en una camilla. Aprovechando un descuido del fiscal y el coronel, empiezan a llevárselo al torreón para asesinarlo. El coronel Cajahuanca se da cuenta a tiempo. “¡Acá la autoridad soy yo, carajo! ¡Se me van, he dicho que se vayan, carajo!”, apuntándolos con una pistola.

“¿Dónde escondemos a este cojudo que lo quieren matar?”, preguntó. Deciden llevarlo a la oficina de los abogados y dejarlo con vigilancia.

Un rato después, el coronel Cajahuanca regresa donde Agustín y le pide que colabore informando quién estaba al mando. “Usted me pide que traicione

a mis compañeros. No sé cómo se han organizado y si lo supiera, no se lo diría”, le contestó Agustín.

El joven que lo cuidaba le dijo: “Lo has cagado. Te has puesto a su nivel; eso en la vida militar dice mucho de ti, hablar de igual a igual. En la vida militar se sabe que a un buen enemigo se le respeta”.

Agustín permaneció diez días en el Hospital Militar mientras sanaban sus heridas y luego fue trasladado al penal de Yanamayo, en Puno. Recuperó su libertad el 4 de octubre de 2005. Después de tantos años de carcelería, Agustín hace política ahora desde el Movadef, la lucha ya no es armada.

“Estaba preparado para morir, para abonar a la revolución o alcanzar el poder. El problema es que no he muerto y no he alcanzado el poder; me he quedado en el limbo. Para mí es un poco complejo ver eso”, dice sin perder la sonrisa.

UN NUEVO SENDERO

Los senderos que ahora transita Agustín son las carreteras a bordo de su taxi. Agustín Machuca se ve como un preparador de futuras jornadas y cree en lo que hace como organización política. Retransmite su experiencia pero no obliga a nadie.

Tomo las últimas fotos. Ahora junto a su taxi, en la calle. “Que no se vea el número de placa, siempre hay que cuidarse”, me pide. “¿Cómo te sientes ahora?”. “A veces siento que alguien me observa, que me siguen.” “¿Ahora nos observan?”. Un hombre en bicicleta pasa a nuestro costado, mira de reojo, sigo fotografiándolo. “¿Nunca te has sentido acompañada?”. Quizá Agustín está siendo observado. ■